

# Mirada de Mujer Olímpica

*Por el Dr. David Bernier Rivera*

El peso combinado de las medallas de oro logradas por Michael Phelps y Usain Bolt no supera el de la plateada ganada por la mujer olímpica Dara Torres. Poco le importo que el promedio de la edad de sus rivales fuera casi la mitad de sus 41 primaveras. Conciente de que el “agua no sabe cuantos años tienes”, Torres se lanzó determinada sobre el majestuoso “cubo de agua” chino, para regalarle a su Patria brazadas de plata. Con su gesta le permitió a los Juegos Olímpicos alcanzar el máximo de su esplendor. Condición que se logra cuando el olimpismo le habla al mundo a través de las gestas de sus atletas. Aunque plateada, la medalla que más fuerte habló en la pasada Olimpiada fue la de Dara, no tengo ninguna duda. Las medallas olímpicas son pedazos de metal colado amarrados con elegancia a cintas multicolores. Es simplemente parte de un protocolo. Un símbolo que hace tangible el esfuerzo que permite el triunfo. Su valor no radica en el peso ni color del metal, si no en la audacia y perseverancia empleada en el proceso de su búsqueda. Al terminar su evento, aun flotando sobre el agua, Dara Torres le regaló al mundo una mirada inspiradora que reflejaba determinación, confianza y compromiso. La sonrisa llena de vida mostrada sobre el podio, minutos después reforzó aún más el mensaje de la heroína olímpica. Ambas expresiones contienen más quilates que la medalla que colgó sobre su cuello. Esa mirada de mujer olímpica no es exclusiva del deporte. Para “mirar” la vida como Dara, no hacen falta podios ni medallas. Con emular su coraje y determinación al enfrentar nuestros retos cotidianos, es suficiente. He tenido la dicha de ver esa mirada en el rostro de miles de mujeres puertorriqueñas. Fue la mirada que vi en el rostro de mi esposa cuando entré a la sala de partos. Montada sobre la camilla de parto respirando profundamente dejaba ver su determinación en lograr un milagro de la vida. Una vez alcanzada la meta, abrazando entre llantos su medalla, sonreía emocionada celebrando su conquista. Con igual profundidad, mi hermana menor enfoca su mirada en mis dos sobrinas, Valeria y Alejandra de seis y

dos años de edad. Su jornada de trabajo en el hospital, que incluye guardias y otros pormenores, no la aleja de su responsabilidad primaria. Se faja sin reservas, no esperando medallas ni reconocimientos. Su carrera nunca termina. El final de cada día es solo una pausa en su kilométrica carrera maternal. También veo la mirada en mi veterana madre. A sus 65 años se mantienen activa ejerciendo su profesión de enfermera, con igual pasión que cuando vistió de blanco por primera vez. El transportarse en guagua pública nunca ha desanimado su ímpetu. Como madre ha subido al podio de la vida cinco veces. Ejecutorias que le permitirían ser abanderada en cualquier delegación olímpica. Son mujeres olímpicas, laboriosas, enamoradas de la vida. Las veo en los hospitales, universidades, bufetes, salones y cocinas. Pero también en los parques y canchas vistiendo los colores de los equipos de sus hijos. Los coritos que se escuchan en las gradas son todos de su autoría. Listas para colaborar con todo lo que haga falta en las escuelas y centros de cuidados. Desvelándose preocupadas cuando identifican algún síntoma patológico en sus proles. Dispuestas a enfrentar cualquier dificultad por defender sus cachorros y echar hacia adelante sus familias. Nunca reprochan ni elevan quejas sobre el volumen de su trabajo. No necesitan estimulantes ni dopaje para mejorar su rendimiento. Su amor y coraje de mujer es más que suficiente. Todas las noches al culminar su jornada, dibujan en su rostro una sonrisa similar a la regalada por Dara Torres al subirse sobre el podio. El esfuerzo es el mismo, no necesitan medallas ni laureles para distinguirse como mujeres olímpicas. ¡Que vivan sus miradas! Sobre ellas descansa el futuro de nuestra humanidad.